

del pintor; era el beso de Matilde: succión terrible, larga, voraz, que no concluía nunca...

Y cuando el espasmo hubo pasado, la visión desapareció, esfumándose en las tinieblas de la alcoba dejándole apoltronado, jadeante, como si acabase de hacer un gran esfuerzo. Jamás sintió Claudio impresión voluptuosa semejante: porque aquello fué la posesión simultánea de su ideal artístico y de su querida idealizada; la satisfacción de sus anhelos mayores consumada en un instante de vertiginoso deleite; ensueño pecaminoso de púber que distrae el ardor de su reprimida soltería con legiones fantásticas de mujeres desnudas.

Aquella alucinación se repitió en noches sucesivas y cada vez con caracteres más acentuados: se aproximaba al lecho, cogía la cabeza de Claudio entre sus manos, le enardecía con su aliento, y sólo cuando el deseo carnal quedaba satisfecho, su hipermesia imaginativa declinaba y el ángel negro desaparecía. El golpe mortal estaba dado, y aquellas alucinaciones eróticas continuas, hirieron la razón del desventurado artista con locura incurable.

Cuando Matilde Landaluce supo la historia del ángel negro, sus efectos y la frecuencia de sus apariciones, quedó aterrada. Aunque ningún otro motivo la hubiese ligado a Claudio, siempre le hubiera querido por ser padre del feto que se sentía rebullir en sus entrañas: aquel hijo tan deseado, que Antúnez formó en un instante de delirio y que probablemente heredaría los desequilibrios mentales de su padre. Discurriendo así, Punto-Negro padecía remordimientos feroces que atenaceaban su pensamiento, y cuando Claudio quería poseerla, ella se resistía.

—¡No, nunca, no quiero! —decía—; bastantes

crímenes pesan ya sobre mi conciencia; mi amor te pierde... ¡déjame...!

Esta catástrofe que su previsión no supo evitar, la aterraba; ella hubiese preferido verle muerto o casado, antes que loco. Comprendiendo que jamás tendría fuerzas para resistir a los deseos de Claudio, procuró conmoverle y asustarle.

—¿No temes — decía — morir sin asegurar el prestigio de tu nombre y sin conocer a tu hijo...?

Antúnez, que ya no ambicionaba laureles, sonreía con la indiferencia resignada de un musulmán.

—Tú vives en mí—respondía—, y si no me matas, me matará el ángel negro que llevo aquí dentro. La vida, Matilde, tiene exigencias brutales: el público que asiste a una corrida de toros, excitado por el sol, la bulla y la sangre, ruga enfurecido: «¡Caballos, caballos...!» Yo, embriagado por tus encantos, pido: ¡amor, amor...! Y cuando me complaces, el deleite espolea mi lujuria y sigo gritando: ¡más, más, más...! ¿Qué quieres...? El amor es un dios inhumano que, como el Meloch de los fenicios, exige víctimas; tú, bien lo sabes, pues mataste a otros. Recuerda que no hay mujer hermosa que no haya emulado a Cleopatra alguna vez, y cumple tu misión, sacrificándome. Dices que desvarío, ¿y qué...? mi gloria eres tú. Cuerdo, te sacrificué mi razón; loco, quiero sacrificarte mi vida... ¡Sigue, Punto-Negro, matándome aprisa...!

## XIII

Matilde supo la terrible noticia repentinamente. Aquella mañana se levantó tarde y malhumorada, pensando en Claudio, a quien esperó inútilmente en el Paseo de Santa Engracia tres días

consecutivos. Al salir de la alcoba vió a doña Carolina, cuyas frecuentes neuralgias aumentaban las angulosidades y acritudes de su fatigada senectud: se saludaron secamente, poseídas de inexplicable antagonismo, y bajó al despacho en donde Estrada leía el periódico que acababan de traer.

—Buenos días—dijo la joven al entrar.

—¡Hola!—repuso Pablo distraído.

Ella se sentó en una silla y cogió otro periódico: él añadió sin levantar la cabeza:

—¿Te has enterado del incendio de anoche?

—¿Cómo quieres que lo sepa si acabo de levantarme...?

—Hasta ahora han hallado un muerto y cinco heridos. ¡Qué barbaridad...! No somos nada...

Matilde no le escuchaba, inspeccionando distraídamente los anuncios insertos en la cuarta plana del diario que leía; después, cuando concluyó de recorrer aquellas columnas atiborradas de letra menudita, abrió el periódico e instantáneamente vió el nombre de Claudio Antúnez, sirviendo de epígrafe a un artículo; y sintió una violenta conmoción cerebral y un estremecimiento doloroso agitó todos sus miembros, pareciéndola que el feto había dado un vuelco en sus entrañas, cual si hubiese temido, al mismo tiempo que ella, por la salud de su padre. Pero la curiosidad del amor venció al miedo, y con los ojos desmesuradamente abiertos, empezó a leer...

«Hace tiempo que este artista tan respetado y querido, empezó a ofrecer síntomas de enajenación mental...»

A Matilde le pareció que aquel exordio no concluiría jamás, y leyó el último renglón:

«¡Pobre Claudio...!»

Esta exclamación familiar, tan sencilla, tan triste, descubría la pena del hombre que se despedía para siempre de un amigo; y entonces leyó el artículo a saltos, recogiendo palabras dispersas que explicasen pronto lo que buscaba: su dolor era tan grande, la trágica noticia apareció tan de súbito, que no pudo apreciar ninguno de sus detalles: únicamente comprendió que Antúnez se había vuelto loco y que estaba en el manicomio de Leganés. Con esa insensibilidad que sigue en los temperamentos nerviosos, a las grandes explosiones sentimentales, Matilde Landaluce relejó el artículo para comprenderlo mejor, y supo cuanto los médicos alienistas dijeron de la locura de Claudio.

Según el dictamen facultativo, Antúnez padecía de delirio de persecución: la víspera de ser conducido al manicomio, estuvo en su casa almorzando con varios amigos; después, excitado por el vino y la discusión, abrió la ventana y salió al balcón diciendo que se ahogaba; allí permaneció largo rato, inmóvil y cruzado de brazos, contemplando la plaza de Bilbao; de pronto lanzó un grito: — ¡Se me escapa esa idea...! Y quiso arrojar al vacío para alcanzarla. Sus amigos le contuvieron y a duras penas lograron encerrarle en su alcoba. El resto de la tarde lo pasó delirando, diciendo que se ahogaba, que las ideas se le iban y que le dejasen solo cuando viniese el ángel negro; durante la noche su excitación creció y a la mañana siguiente fué conducido a Leganés. El articulista añadía algunas sentidas consideraciones relativas al carácter de Claudio Antúnez y a sus principales cuadros; la demencia le mataba para el arte en el apogeo de su juventud; moría pobre y moría loco: «¡Pobre Claudio...!»

Matilde, sobrecogida de dolor, rompió a llorar.

—¡Yo le maté!—exclamó.

Pablo, aunque no pudo entender esta frase, se levantó sorprendido.

—¿Qué tienes?—dijo.

Y como viese en el periódico el artículo que su mujer le indicaba, se apresuró a leer.

—¡Qué barbaridad!—murmuraba el buen hombre, ¡qué barbaridad...!

La joven seguía llorando, retorciéndose las manos.

—Siento haberle conocido—añadió Estrada—. ¡Lástima de muchacho...!

Estas exclamaciones exasperaron a Matilde.

—¿Iremos a verle?—preguntó.

—¿A dónde?

—Al manicomio, a Leganés.

—¿Y para qué...? Estás delicada y no te conviene el ejercicio. De todos modos, con nuestra presencia no ha de curar.

—Pero es un deber de humanidad visitarle; un hombre que no tiene familia, que está allí solo, a merced de los enfermeros que abusarán de su incapacidad cuando sepan que el desdichado carece hasta de amigos... ¿Por qué no he de ir yo...? ¿No vienes tú conmigo...?

Estrada, vencido por las palabras y el ademán suplicante de la joven, cedió.

—¡Si tal es tu gusto, iremos; pero es un desatino!

—No importa, saldremos en seguida, después del almuerzo.

—No, hoy no salimos—dijo él—; mujer, ¿tú también te has vuelto loca?... ¿No ves cómo llueve?... Además, no sabemos si a los enfermos les dejan ver por la tarde.

Matilde, sin saber qué razones alegar en pro de su deseo, se asomó a la ventana del pabellón:

caía una llovizna menuda que durante la noche había enfangado los campos; ¡qué triste, qué amenazador, le pareció aquel cielo plomizo de invierno!... ¡Cuán húmeda, cuán muerta, aquella tierra donde tantas noches satisfizo su pasión sobre el suelo seco, caldeado por el sol!... Estuvo un momento pensativa, la frente apoyada en el cristal, evocando aquellas escenas que parecían muy lejanas. Luego, al salir del despacho, quiso cerciorarse de que al día siguiente realizaría su anhelo de ver a Claudio.

—Conque, ¿iremos mañana?—preguntó mirando a Pablo.

—Bien, mañana o pasado, es igual; eso depende del tiempo...

Durante el almuerzo la conversación versó acerca de la locura del pintor; doña Carolina, en sus mocedades, había visitado el hospital de locos de Zaragoza, y aun conservaba la desagradable impresión que sufrió.

—Me dan miedo y lástima—decía—. ¡Qué verbosidad la suya, qué gritos, qué mirar tan penetrante!... Todavía no he olvidado el semblante de un loco que encontramos al atravesar un patio: venía cargado con dos cubos de agua; al llegar junto a mis acompañantes, levantó la cabeza y miró; pero a mí sola, ¡y de qué modo tan desesperado!... Como si yo fuese la causante de su desgracia...

—Es fácil que mañana—dijo Pablo—vayamos ésta y yo al manicomio; no conozco ninguno y dicen que el de Leganés es muy bueno. ¡Me alegro!... Así, con el pretexto de visitar a Antúnez, nos lo enseñarán todo bien.

—Es muy curioso—repuso doña Carolina—y puede ser que alguna vez os acompañe.

Pablo Estrada encontraba en los dementes algo sobrenatural que le aturdió.

—Prefiero—dijo—estar tísico o tener un cáncer en el estómago, a morir loco. ¡Qué barbaridad!... Los locos me parecen endemoniados; estoy por confesar que más me gustan los idiotas.

Matilde, entretanto, procuraba distraer su dolor comiendo: pero las últimas palabras de su marido la indignaron; a ella le seducían los dementes, quizás porque adivinó que Pablo opinaba con opuesto criterio.

—Los imbéciles—dijo—me repugnan; me producen un malestar íntimo, semejante al que dejan en el estómago los platos mal digeridos: pero los locos me gustan, me atraen, cautivándome con el misterio de su locura; son cabezas desorganizadas que funcionan irregularmente, mas en la turbamulta de sus ideas disparatadas surgen algunas de encantadora novedad, postrimeros fulgores de una razón que se extingue luchando contra el delirio. Todos los hombres de genio tuvieron mucho de locos; en Gounod y Newton, por ejemplo, me parece hallar los inmortales locos de la armonía y del cálculo. Los cretinos no piensan; los locos sí, aunque no quieran, porque su manía ahuyenta el sueño de sus párpados. ¡Ay!... —agregó recordando sus noches crueles de insomnio—, ¡compadezcamos a los que están condenados a vivir pensando siempre!...

El resto de la tarde lo pasó Matilde en su gabinete de costura, sumida en un marasmo de idiota, abrutada por la intensidad de su pena; encendió la lámpara del comedor antes de costumbre pareciéndola que así acertaba la duración del crepúsculo; cenó mal, y cuando por la noche se halló en su alcoba, metida en el lecho, junto a su marido que roncaba, se juzgó casi dichosa.

A pesar del frío, no pudo soportar el abrigo del embozo y apartó las mantas de sus mejillas ar-

dientes; los párpados la escocían de tanto llorar y la sangre golpeaba violentamente en sus sienes.

La lluvia continuaba cayendo con testaruda porfía; Matilde Landaluce la oía chocar contra el piso de zinc de la azotea, y su pensamiento se dilataba por los campos solitarios, recorría las calles de Madrid y llegaba a Claudio, solo y triste, tendido en la tarima de algún cuartito frío, austero y desamparado del manicomio. Su imaginación, oscilando siempre como vela latina, examinaba los diversos períodos de su historia, comparando los años de su primer matrimonio con su presente, huérfano de ilusiones. La parecía que una noche eterna entenebrece su porvenir y que su cuerpo era una porción de materia inerte condenada a volteamar ciegamente sin conciencia ni rumbo: Antúnez, transportado al mundo vidrioso y quimerista de los locos, sería feliz rodeado de ficciones que suplirían ventajosamente a las realidades de la vida; mientras ella quedaba en el mundo horrible de la verdad, sujeta a su madre, a su marido y a su hotel, que era su cárcel; pensando en Claudio y ofreciéndose a otro hombre... Y entonces, viéndose tan sola, rompió a llorar, y lloró mucho y silenciosamente, hilo a hilo, lágrimas que bajaban por sus mejillas abrasadas, cayendo unas sobre el lecho, penetrando otras por las comisuras de su boca entreabierta, cual si pretendiesen aumentar el caudal de hiel que rebosaba de sus entrañas; y lloraba mordiéndose las manos, mesándose el cabello, con el desesperado arrebato de una plañidera. Pablo Estrada continuaba roncando: fuera se oía el monótono ruido del agua cayendo sobre el zinc de la azotea, y del aire sacudiendo los árboles escuetos; así iban pasando las horas y Matilde las sentía repercutir en la campana del reloj del convento, contando sus ratos de angustiosa soledad, como antes mar-

caron impasibles los de sus falaces venturas. Cuando empezaban a filtrarse por los intersticios de la ventana los primeros resplandores del día, Punto-Negro, vencida por el cansancio, fué entregándose al reposo, entumecida de frío, y se durmió con dos lágrimas entre los párpados.

El día amaneció encapotado, pero no lluvioso, y un fuerte levante arrastraba las nubes como veloces escuadrones de fantásticos caballeros. Estrada embullado por el buen cariz del tiempo se resolvió a complacer a Matilde, acompañándola al manicomio; la esperaba paseándose por el recibimiento, vestido con el traje negro de los domingos, tiritando y con las manos metidas en los bolsillos del gabán. De pronto, aburrido, se asomó al hueco de la escalera:

—Matilde, ¿vienes?... es muy tarde.

La joven estaba en su alcoba concluyendo de ataviarse, pálida y ojerosa, con el bonito semblante afeado por el insomnio y el paño del embarazo. Acabó de prenderse la mantilla, recogió sus guantes y su portamonedas y en seguida bajó vestida de riguroso luto, como la viuda que va al cementerio a visitar sus amores muertos.

—¿Os espero para almorzar?—preguntó doña Carolina.

—No—repuso Estrada—, porque volveremos de noche. Ea, ¡adiós!...

Y echó a andar delante, con el paraguas abierto. A las once de la mañana subieron al tranvía que salía de la Puerta del Sol para Leganés. Pablo Estrada se sentó junto a Matilde, el rostro escondido en el cuello del gabán y las manos en los bolsillos. Delante de ellos iban dos militares y el coche se llenó rápidamente de viajeros, mujeres en su mayor parte: todas llevaban algo en las manos, un cesto o un lío de ropas, cual si fuesen a emprender un largo viaje.

Al arrancar el tranvía, la lluvia arreció, empañando los cristales. Estrada, disgustado, masculló una interjección.

—Si sé esto—dijo—, no salimos; ¡al Diablo se le ocurre ir a Leganés con este temporal!...

Ella no contestó y la conversación quedó trunca. Mientras el vehículo bajaba presuroso la rápida cuesta de la calle de Toledo, Pablo Estrada miraba atentamente el aspecto de aquel barrio que apenas conocía: las tiendas de ropas, con chaquetas de pana y grandes fajas de color colgadas sobre la puerta; las sombrererías y zapaterías exponiendo al aire libre algunos géneros deslucidos por la lluvia, el polvo y el sol; los paradores, con sus enormes portalones empedrados de agudos guijarros, y su continuo trajín de arrieros, carros y bestias cargadas: dentro de la plaza de la Cebada resonaba el vocerío mareante de millares de gargantas que gritaban a un tiempo: luego pasaron por delante del Matadero, atravesaron la puerta de Toledo y continuaron descendiendo en dirección al puente. A Estrada le interesó aquel paisaje.

—Esto debe ser bonito—dijo—; en cuanto llegue la primavera tenemos que dar un paseo por aquí.

Matilde, evitando explicaciones, asintió con la cabeza. Los militares que iban delante de ellos, discutían y fumaban; las mujeres callaban, arrebuñadas en sus mantones peludos, adormecidas por el frío. Pablo volvía la cabeza a cada momento: primero le preocuparon las estatuas que rodean la plazoleta que precede al puente y en la cual se ejecutaron antiguamente algunos autos de fe; después el puente, con su sólida construcción y sus dos figuras lapidarias mutiladas por los siglos, y el río y los lavaderos... el coche se detuvo al otro lado del Manzanares para cambiar de mulas, y

Pablo Estrada, que se comía la lengua de curiosidad, preguntó:

—¿Cómo llaman a esto?

—Lo llaman—repuso uno de los militares—el barrio del Matadero.

—¿Falta mucho para Leganés?

—¡Anda...! cerca de tres cuartos de hora de camino; antes hemos de cruzar los Carabancheles: primero está el Bajo, el Alto viene después...

Pablo sonreía, pareciéndole que desempeñaba a maravilla su papel de hombre amable que sabe alegrarse a tiempo.

Avanzaban por la carretera donde las herraduras del ganado sonaban como sobre un fangal. Dejaron a mano izquierda el Colegio de Huérfanos de la Unión, y prosiguieron ascendiendo siempre. Por las calles de Carabanchel el tranvía pintaba curvas rapidísimas: las casas se parecían a las de Cuatro-Caminos; casi todas eran de un piso y de mal aspecto; el comercio lo componían tiendas de géneros ultramarinos, tabernas y algunas barberías, sobre cuyas puertas oscilaban a impulsos del viento dos bacías de metal. La lluvia aumentaba, porraceando el techo del coche con furiosa insistencia; la tibia atmósfera formada por el aliento de los viajeros, se había congelado cubriendo los cristales de las ventanillas con un vaho blanquecino que restaba fuerza y alegría a la luz. Pasado el pueblo, atravesaron por un puentecillo de madera el arroyo Butarque, medio seco en verano, pero que entonces corría bravío por su hondo cauce; y siguieron por una larga pendiente que ascendía en pequeñas ondulaciones y cuyo monótono horizonte interrumpían algunos caseríos. Luego cruzaron otras calles: estaban en Leganés, pueblo grande pero de arquitectura mezquina, sobre el cual se destacaba la iglesia con su elevada torre de dos cuerpos.

El coche subió trabajosamente una calle mal empedrada, sembrada de árboles raquíticos, y se detuvo en la plaza de la Constitución; y Matilde Landaluce y su marido se encontraron cogidos del brazo, chapoteando barro y bajo un paraguas que apenas les defendía la cabeza. La plaza era de forma rectangular, sin otro adorno que una farola de cinco mecheros: a un lado había un colegio de niñas que en aquel momento repetían a gritos la lección; después una fábrica de buñuelos, con sus dos puertas adornadas con visillos rojos, y seguidamente el café de Madrid, instalado en una casa de dos pisos y cuatro buhardillas que se recortaban sobre el cielo melancólico. Al frente, estaba el edificio del Ayuntamiento, cuyo reloj marcaba las doce y media.

—¿Qué hacemos?—preguntó Estrada.

—Vamos al café—dijo la joven—; comeremos y nos informarán de lo que debemos hacer para visitar el manicomio.

Entraron y fueron a sentarse a la izquierda, en la mesa que ella juzgó menos visible: el salón era espacioso, con los techos ahumados sostenidos por cuatro columnas de hierro: entre las mesas con piedra de mármol había algunas de tresillo, y en las paredes varios espejos pequeños y tan sucios, que era inútil pretender mirarse en ellos.

Allí supieron, por el mozo que les sirvió el almuerzo, que podían ir al manicomio de una a tres de la tarde, para lo cual bastaba una autorización del director del establecimiento.

—¿Y cree usted que la otorgará?—preguntó Matilde acobardada ante aquel inesperado inconveniente.

—Es posible; además, como ustedes vienen a ver a un enfermo...